

CAPITULO IX.

Cuatro poesías líricas de Alarcon.—Lucha de fieras en el parque del regio alcázar para festejar los días del Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria.—Ingenios famosos de la cuarta década del siglo XVII.

1625-1637

Tranquilos quedaron sus émulos desde que abandonó las musas del teatro, y se les daba poco de que en los carteles se anunciasen una y otra de las antiguas comedias alarconianas. Sin embargo, la fama del poeta no se extinguió con la falta de nuevas producciones; durando toda su vida el resplandor de doce años de contrariada gloria dramática, de igual suerte que se dilata el crepúsculo de la tarde mucho despues de haber el sol hundido su rojo disco en el ocaso.

Importunaban los escritores á RUIZ DE ALARCON á fin de que su elogio ó tal cual rasgo de su

pluma los enriqueciese, en obras que pretendian sacar á luz; pero, como ya dijimos, desdeñado sin tregua de la musa lírica, tuvo que ser muy fuerte el compromiso, ó venir de muy alto, para que hiciera versos. Desde 1625 hasta que murió, solo cuatro veces hallo que pulsase la lira, en un par de sonetos, dos espinelas y unas cuantas redondillas. Tan difícil fué en el epigrama, que sin embargo brotaba espontáneo de su pluma, conciso, bello y sentencioso al calor del diálogo dramático; porque allí desaparece la persona del poeta. DON JUAN no gustaba de hacer la rueda como el pavon, puestos siempre los ojos en los feos piés de su hermosura.

Escribió las redondillas en el año de 1625, por complacer al galano, pintoresco é inventivo historiador y novelista madrileño D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, grande amigo del Duque de Feria, que le apremiaba deseando adornar con ellas la segunda parte de su *Poema trágico del español Gerardo, y Desengaño del amor lascivo*, reimpresso muchas veces desde 1615, y vuelto á retocar y añadir cada vez que se daba á la estampa. Ahora salia de las prensas de Lisboa, y ALARCON no pudo negarse á ir con tan buenos poetas como Espinel, en compañía de amigos, como Luis Vélez y D. Diego de Agreda, y singularmente de las predilectas damas Doña Bea-

triz de Zúñiga y Alarcon y la encubierta peregrina. (541)

Son testimonio vivo las comedias de nuestro indiano, de cuán grande amistad le unió con el esgrimidor D. Luis Pacheco de Narvaez, maestro del rey D. Felipe IV en la *filosofía* y manejo de las armas, y mayor en todos sus reinos, caballero de Baeza, hombre presuntuoso y avalentado, terco y vengativo, muy acepto de los señores, que supo hacerse lugar con ALARCON, hábil como él y poderoso en el esgrimir de la espada. A principios de 1630 le dió á leer Don Luis su *Historia exemplar de las dos constantes Mujeres Españolas*, con un fajo de versos en elogio de esta novela, compuestos por el Marqués de la Conquista y el primogénito del Conde de Molina, por Lope y Calderon, Luis Vélez y Gaspar de Avila, Montalban y Zárate, Valdivielso y el cronista Pellicer. No pudo parar DON JUAN la estocada del diestro, y le hizo dos décimas, que harto dicen ellas el trabajo que le costaron. (542)

Pero aun mayor fué el año siguiente el compromiso de escribir á las sazoadísimas fiestas reales de 13 de Octubre de 1631, como que nada ménos le instigaron á ello señores del Consejo Real de las Indias.

Deseando el Conde-Duque de Olivares solem-

nizar con mucha novedad y aparato los dias del príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos de Austria, dispuso un espectáculo propio de la Roma antigua; es decir, una lucha de fieras. Para ello diputó la explanada del parque, por debajo del real Alcázar, hoy jardines del Campo del Moro, creyendo de mal agüero la Plaza Mayor de Madrid. Y quizá no le faltaba razon, pues tres meses ántes, lúnes 7 de Julio, fué presa del fuego todo el frente que mira al Norte; y despues, otro lúnes, 25 de Agosto, en medio del alegría de unos toros y cañas, y ocupando el coso más de cincuenta mil personas, la falsa voz de que ardia una casa vino á ocasionar innumerables muertes y desgracias espantosísimas. (543)

La noticia de que iban á lidiar el toro del Jarama con el leon y el tigre del desierto; el camello de Arabia con el oso de Asturias; el agil caballo, el gato montés y las astutas zorras, con monos y lebreles; en fin, las nuevas de que juntas y empelazgadas se iban entónces á contemplar «toda el arca de Noé y las fábulas de Esopo,» segun cantó Quevedo, atrajo á Madrid gran número de forasteros y señores.

En el ameno parque de Palacio
Anfiteatro se formó eminente,
Distribuido en proporción y espacio
Bastante para ver la lid valiente,

dijo Mira de Amescua. Presenciábanla, á más de la real familia, muchos prelados, todos los consejos, reinos, embajadores, grandes, títulos y caballeros; quedando sorprendidos sobremanera los espectadores al ver que el leon encogió su fiereza, y recató su horror el tigre, y el lebrél fué vencido, y de todos los animales vino á triunfar el toro.

Para instigarlos y aguijonearlos á que embistiesen, apareció una tortuga de madera, deforme por su tamaño, pintada á maravilla, movida por ruedas, encerrando en su vientre varios hombres que con azagayas y picas irritaban á las asombradas fieras. No la olvidó Quevedo:

A la artificial tortuga
(Que zizaña á todos fué,
Y con vómitos y chuzos
Dió cólera al no querer)

El toro, que arremetiera
Con la torre de Babel,
La dió cuatro coscorrónes
Que la parecieron diez.

Miraba satisfecho Felipe IV la valentía del bruto del Jarama; y deseoso de que no quedara sin premio, quiso darle el mayor, en que muriera á sus manos; y las razones del cronista son de grande empuje: «porque, supuesto que entró en el anfiteatro á morir, perdonarle la vida fuera

castigo, dejándole á riesgo de que la perdiera en coso plebeyo y á manos viles.» Pidió S. M. el arcabuz, y sin alterar la majestad del semblante terció la capa con brío, requirió el sombrero con despejo é hizo la puntería con tanta seguridad, que dió la bala en el remolino de la frente del toro é instantáneamente le dejó muerto, cayendo de rodillas ante el Monarca. El juntar de las manos y el rumor de las voces del pueblo igualó al regocijo con que éste festejaba la destreza de su Rey.

No quisieron ser avaras en el elogio las castellanas musas, y sobre noventa ingenios, desde el Príncipe de Esquilache hasta el escribano de provincia Juan de Piña, alabaron *tanta alteza* en cultísimos epigramas.

Don Juan de Solórzano, consejero de Indias, instó á RUIZ DE ALARCON á que no permaneciera mudo en ocasion tan famosa; y comprometió á D. José Pellicer de Tovar, cronista de los reinos de Castilla y Leon, para que formase un libro con todas las poesías, el cual salió de las prensas de Juan González á 14 de Enero de 1632, con el fastuoso título de *Anfiteatro de Felipe el Grande*.

En este álbum poetizaron Lope de Vega, Rioja, Quevedo, su ilustrador y amigo Don Jusepe Antonio González de Salas; el elegante é insigne

traductor del *Aminta*, Don Juan de Jáuregui, caballero de la Reina; Don Gabriel Bocángel y Unzueta, bibliotecario del Cardenal Infante y de su cámara, aquel que sabiamente dijo:

No debas á gente indigna;
Que, miéntras estás debiendo,
Cobran primero en tu fama
Y despues en tu dinero;

Luis Vélez de Guevara; Francisco López de Zárate, que presumia de haber escrito para el teatro con todo el rigor del arte; el gran Don Pedro Calderon de la Barca; el doctor Miguel de Silveira, cuya sangre judaica le inspiró el poema de *El Macabeo*; Antonio López de Vega, portugués, que tan ingeniosamente discurrió en sus diálogos sobre la nobleza, la riqueza y las letras; Cristóbal de Salazar y Mardones, oficial mayor de la secretaría del reino de Sicilia, investigador sagaz de las antigüedades de Ronda, su patria, y erudito comentador de Góngora, cuando cursaba en el aula salmantina; Don Francisco de Rojas Zorrilla, ceñido con los laureles de su *García del Castañar*; Don Antonio de Solís, historiador de la *Conquista de México*; Don Diego de Saavedra Fajardo, profundo autor de las *Empresas políticas* y de la *República lite-*

raria; Villayzan, que se vanagloriaba de haber sugerido cuanto bueno se aplaudia en el teatro; Don Antonio Hurtado de Mendoza, dramático y palaciano, con todos bienquisto; el maestro José de Valdivielso, capellan de honor de S. A., cuyo *Romancero espiritual* y cuyo poema de *San José* le valieron la más envidiable corona; el doctor Mira de Amescua, tambien capellan del Cardenal Infante, y arcediano de Guadix; Don Antonio de Leon; Don Diego de Leon Pinelo, indiano; el licenciado Antonio Rodriguez de Leon Pinelo, relator en el Consejo Real de las Indias, honor de la bibliografía indiana, anticuario, historiador, biógrafo, docto jurisperito, piadoso escritor y poeta, y analista benemérito de la villa de Madrid, nacido, no (como hasta aquí se ha dicho) en el Perú, sino en la castellana ciudad del Pisuerga; y finalmente, el licenciado DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

En el folio 27 es suyo el

EPIGRAMA XXIX.

Al irlandés lebre, al tigre hircano
Vence, aplaudida, la bicorne fiera;
Delinque aleve cuando no venera
Al monarca de brutos africano.

Al escarmiento el Jove castellano
(Porque ofendido en él se considera)
Empuña y vibra desde la alta esfera
La fábrica tonante de Vulcano.

¡Oh real privilegio, oh ley sagrada,
Que aun es tambien de irracional viviente
Con natural instinto obedecida!

La fiera expone á su intencion la frente;
Y la mano respeta, arrodillada,
Cuando postrada al rayo, dá la vida. (544)

El último rasgo de la musa de ALARCON, de que hay noticia, es el soneto que hubo de escribir *Al volcan y incendios del Vesubio* con motivo de la gran erupcion ocurrida un martes 16 de Diciembre de 1631. Por mandato de «Don Felipe IV el Grande, nuestro señor, Rey Católico de las Españas, monarca soberano de las Indias orientales y occidentales,» dictó unos cuantos cuadernillos de papel sobre el caso el doctor Don Juan de Quiñónes, alcalde de la casa y corte de S. M., convidando á veinte y tres poetas á fin de que le engrandecieran su libro; y le puso de molde en la imprenta de Juan González al comenzar el año siguiente de 1632. Grita el corcovado á los mortales para que despierten del letargo fatal, apoderados ya de la tierra el fraude, la impiedad y la injusticia, y oigan cómo estalla el azóte del cielo, que ha de herir al que con más loco furor le desafie:

¡Oh humano sueño! ¡Oh necia confianza!
Despierta ya; que el cielo, en el que miras,
Te ofrece avisos del mayor estrago.

Y si irrita sus iras tu tardanza,
¿Cuál será, cuál, el golpe de sus iras,
Si son tales las iras de su amago? (545)

Nada más he hallado referente á DON JUAN, como poeta, revolviendo muchos libros impresos y papeles manuscritos de entónces. Y no quiero acordarme de la necedad, ligereza é ignorancia con que el editor del *Ramillete de Saynetes escogidos de los mejores ingenios de España*, dado á la estampa en Zaragoza por Diego Dormer, año de 1672, incluye como del felicísimo vate el *Entremés de la Condesa de Alarcon*. Este disparatorio tontísimo es obra de un Rabadan estúpido del siglo XVII, que fantaseó para protagonista una desatinada mujer, á quien se le pone en la cabeza ser suyo el señorío de la villa de Alarcon, y se intitula por él.

¿Qué idea se tendria ya del portentoso dramático en el reinado de Carlos II, cuando hubo arrojado para colgarle un tal moharracho como éste? Nunca probó ALARCON la pluma en el ditirambo: lo mismo desdeñó su ingenio el arrebató del lírico que el brochazo de la caricatura.

La vida triste y solitaria del bufete, el aridísimo trabajo de desbrozar y resumir tanto enmarañado proceso, y sobre todo, la fatigosa tarea de leer en voz alta durante horas enteras, vinieron á quebrantar muy pronto la salud de nues-

tro corcovado, cuyos pulmones, en estrecha cárcel mal dispuesta, no podían tener el desahogo natural y la resistencia común.

Al borrajear por estos días la dedicatoria, premio y prólogo de la *Parte segunda* de las comedias, se despidió para siempre de las letras y de las musas; para ellas murió, absorbiéndole todo su tiempo la curia y quitándole todo gusto los achaques.

En vano, muerto el Fénix de los ingenios en 1635, y encargado Fabio Franchi de escribir las *Essequie poetiche, ovvero Lamento delle muse italiane in morte del signor Lope de Vega*, rinde los mayores elogios á RUIZ DE ALARCON, ponderando *La Verdad sospechosa* y *El Exámen de maridos*; y ruega al dios Apolo que le haga buscar por toda la redondez de la tierra, y le mande que no olvide el *Parnaso* por la *América*, ni la *ambrosía* por el *chocolate*. Ya ni por capricho visitaban las musas un solo día el aposento de la calle de las Urosas.

CAPITULO X.

Academia del Retiro.—El Dr. Palencia, médico de la Emperatriz.
—Alarcon enfermo; le sustituye D. Antonio de Castro.—El sabio relator Leon Pinelo y el capitán Reinoso.—Muere el poeta.
—Juicio que mereció á sus contemporáneos.

1637-1639

Fué célebre la academia ó justa literaria del año de 1637, dispuesta en el Buen Retiro para obsequiar al rey D. Felipe IV. Siete jueces, entre ellos el Príncipe de Esquilache, Calatayud, Mendoza y Rioja, componían el tribunal; luchaban en la palestra veinte y ses ingenios, de ellos los dramáticos de segundo orden, á la sazón en moda, como Cáncer, Coello, Rosete Niño, Martínez de Meneses, Montero, etc.; y tres únicamente no alcanzaron el lauro apetecido. Ni en el certámen, ni en la solemne fiesta se descubrió la figura del corcovado, y eso que antiguos amigos ó colaboradores suyos, como Véléz de Guevara, Luis de Benavente y Luis de Belmonte,